

en París, y poco después lo hizo en mi casa, en Madrid, siendo su precocidad asombro de todo el mundo, hasta tal punto, que la *Revue philosophique* consagró un artículo de alto vuelo científico al estudio de tan temprana manifestación de las facultades musicales. Los músicos suelen ser precoces, pero no hasta ese punto. Así es que en Alemania se le otorgó gran atención al caso Arriola, y el káiser le regaló un terreno y un chalet, logrando así que la residencia habitual del joven gallego se fijase en territorio germánico. Desde Alemania hace *tournées* por todos los países civilizados; ahora acaba de realizar una a la Argentina, muy fructuosa y brillante. Hoy Arriola no es el bebé que hemos visto subido sobre un almohadón y costándole trabajo abarcar con unas manitas diminutas las teclas de un piano también minúsculo: se ha convertido en un muchacho que no tardará en ser hombre hecho; y naturalmente su maestría necesita ser prodigiosa, puesto que, como digo, nació en él. El público congregado en la casa de los señores de Bauer estaba pendiente de la ejecución del genial exñiño.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo gusto de una decorosa franqueza, y no hiriendo personalmente a nadie, que esto siempre se debe evitar, digo mi opinión, aunque pugne con lo admitido. Y por eso no quiero dejar de expresar mi poca o ninguna simpatía hacia lo que ha dado en llamarse «bodas de oro, de plata...», y no sé si las hay de cobre.

Lo primero que salta a la vista es que tal costumbre no tiene nada de castiza; que nuestra tradición la ignora por completo. No encontraréis la menor referencia a ella en ningún documento del pasado. La moda se ha impuesto de unos veinte años acá.

Y ¿qué significan las tales bodas metálicas? Que un señor es, desde hace veinticinco o cuarenta años (no recuerdo exactamente el número que platea o dora las bodas) tal o cual cosa: escritor, magistrado, músico, hasta cura... ¡Las bodas de plata de un obispo no me convencerán jamás! Bien está que sus diócesanos le obsequien, si así les place, tomando en consideración que es anciano, que hace tiempo que rige la diócesis, y más aun que gasta mitra; pero llamar a eso «bodas» lo encuentro..., ¿cómo diré?, raro, impropio, y algo inocente. En fin, hay que dejar correr esas niñerías de la humanidad, que juega con el tiempo, mientras el tiempo, ceñudo y riguroso, la devora...

Y ya que se quiere expresar un recuerdo cronológico, ¿por qué no se dice el vigésimoquinto aniversario, o cuadragésimo aniversario, como en otro tiempo se decía?.. No fué precisa la metalurgia nupcial para festejar a Pío IX, cuando cumplió los veinticinco años de Pontificado, caso que, se hizo notar entonces, no había ocurrido desde el de San Pedro.

El aniversario es la más natural conmemoración, y por eso hemos encontrado muy loable que los aragoneses, al cumplirse tres años de la muerte del insigne español Joaquín Costa, le consagrasen una velada necrológica. Costa (aun cuando pudiese danzar la política en lo que se le ensalzó últimamente) merecía todo encomio por las cualidades altas y raras de su espíritu. Yo deploré siempre que el momento en que nos unió la amistad, antes de su retirada a Graus, fuese el mismo en que ya no poseía salud bastante para dedicarse al trato de sus amigos. Cuando vino a mi casa, sus piernas eran dos rollos de algodón. La traidora enfermedad, alojada en la médula, hacía de él un inválido; ni podía andar, ni faltaba nunca en su cara expresiva y realmente leonina la expresión del sufrimiento. ¡Tanta salud como anda por ahí mal repartida..., y no poder comprarla en la tienda, para dársela a hombres como Costa!

Era más penoso verle así, por el contraste que formaba el mal con la apariencia de robustez y vigor del gran cuerpo, roble tronchado, desafiador de huracanes, y vencido por ellos. Comprendí perfectamente que se recogiese a un pueblo familiar, para morir allí solo o casi solo, rodeado únicamente de personas sencillas, humildes — igual que si se hubiese recluso en un convento —. Dotado de tan singulares cualidades para el foro, para la tribuna, para el libro y la cátedra, para todo lo que es relación de intelectualidad; imposibilitado por la deserción de las fuerzas físicas, Costa se escondió, e hizo bien, extinguiéndose al menos entre un tibio calor de respeto y de simpatía.

Mientras se hace memoria de los que desaparecieron, se atiende a las nuevas figuras que ya empiezan a destacarse. He dicho, en la última Crónica, el ruidoso éxito del autor de *Las golondrinas*, y realmente, se trata de un nombre nuevo en el arte, pues no hará un mes se ignoraba que existiese el joven compositor; quiero decir lo ignoraba el público, aunque no lo desconociesen los aficionados, que siempre tienen mejores informes. Otro artista que estos días se ha dejado oír en Madrid, Pepito Arriola, posee en cambio fama desde la cuna, puede decirse. No contaría arriba de dos años y medio cuando le oí tocar

Y yo espero que también como compositor ha de recoger lauro. Creo recordar que cuando chiquito, componía ya. Fecundo venero de inspiración tendría en los cantos de su país natal, esa música gallega tan inspirada, tan sentida, tan variada, y que acaso, pese a la diligencia de Perfecto Feijóo, no estará recogida ni en su mayor parte. Sería una fuente de originalidad para Arriola el instrumentar los encantadores temas de su región, a ningunos comparables.

Acaso, en España, el arte que cuenta más aficionados sea la música. La razón de esta preferencia no me la explico. De cierto, hemos tenido mejores literatos y pintores que músicos, y no podemos, hasta la hora presente, hacerle competencia ni a Italia ni a Alemania. Sin embargo, es la música la que disloca a los públicos. El entusiasmo por un Galdós, un Pereda, un Campoamor, no puede rivalizar con el que inspiraron los Gayer y los Sarasates. La causa, repito que no la atino; sólo cabe reconocer el hecho, que es constante. Y otra de las bellas artes en que hemos desollado, al igual o por cima de los demás pueblos, tampoco logra entusiasmar aquí. Casi debe decirse que están olvidados sus genios, sus maestros indiscutibles. Me refiero a la arquitectura.

Hoy la arquitectura atraviesa un lamentable período de decadencia; esto no es privativo de España: en todas partes ocurre lo mismo, esta inferioridad de la arquitectura, no sólo en su aspecto estético, sino en lo práctico de sus aplicaciones. Y, a pesar de que tenemos ocasión tan frecuente de establecer comparaciones desventajosas entre lo antiguo y lo moderno, nadie admira lo antiguo; pasamos indiferentes ante lo más noble y persistente de nuestro pasado, lo que no pueden quitarnos, como nos quitaron cuadros, esmaltes, joyas, tallas, armaduras...

¿He dicho que no nos lo pueden quitar? Tate. Lo contrario resaltó en la conferencia que acaba de dar en la Unión de Damas D. Vicente Lampérez, el cual domina como pocos, y acaso como nadie, este aspecto de los viejos edificios y las veneradas y semirruinosas maravillas. Es D. Vicente Lampérez el que ha descubierto, en la catedral de Santiago de Compostela, ese tesoro que se llama el palacio del Arzobispo Gelmírez; y, continuando su labor de rebuscador de bellezas históricas, acaba de visitar el castillo llamado de la Calahorra, palacio de gnomos, escondido al pie de la Alpujarra, en una comarca árida y bronca, y separado de la estación del ferrocarril por dos leguas de veredas impracticables, como no sea a lomo de caballo o de borrico.

La razón por la cual Lampérez visitó el palacio-castillo merece contarse.

Nada menos que se lo querían llevar a Nueva York o Chicago, piedra por piedra, y reconstruirlo allí, para mayor ostentación de la ciudad y recreo del príncipe del dólar que podía permitirse este capricho sultánico.

Un prócer español, no de los que hacen vida disipada y ociosa, sino de los que desarrollan actividades utilísimas, y se consagran a realzar los heredados timbres con empresas a la moderna — el actual Duque del Infantado y Marqués de Santillana —, no quiso asentir al despojo, y es él quien se propone trasladar a Madrid el palacio de la Calahorra, enriqueciendo así la capital española con un monumento, que será de los pocos que puede ostentar con orgullo, pues Madrid, en esta materia, es indigente. Y este monumento, dada su fecha, la del reinado de los Católicos Fernando e Isabel, ofrece una singularidad. Todo lo que entonces se construía en España, era de estilo plateresco, o del último período del gótico; el palacio de la Calahorra es pleno Renacimiento italiano. Artistas venidos de Italia labraron su claustro primoroso, sus elegantes chimeneas, sus arcadas clásicas, sus

portadas llenas de reminiscencias del arte griego.

Y lo que más me impresionó, en la descripción de esta joya, fué el contraste entre su exterior y su interior. Por fuera, es una fortaleza ceñuda, cuyos altos muros apenas rasgan diminutas ventanillas, y que flanquean cuatro robustos torreones, encaperuzados con una especie de sombrero, pues la almena ha desaparecido, con los progresos del arte de la guerra. Díjese que no tiene el edificio más objeto que el de defensa y lucha. Dentro, es lo contrario: una mansión llena de refinamientos y sellada con distinción señorial. Los techos conservan aún sus artesanos, pero han desaparecido, del suelo y paredes, los revestimientos preciosos, la azulejería y, claro es que a pasos agigantados, los tapices que sin duda decoraban los regios salones. Mueble, tampoco queda uno. No suelen los muebles resistir al abandono de los palacios, arriba de una o dos generaciones. Como no es difícil cargar con ellos, sucede, aun en menos largo plazo del que supongo, lo que fué del mobiliario de una torre donde pasé gran parte de mi niñez, y que, a disposición de mayordomos, sólo conservaba, a la vuelta de no muchos años, los fragmentos de la pantalla de un quinqué y un arca apollillada. Claro es que en mi torre no se perdió ningún mueble artístico; pero, ¿qué no habría en ese palacio de la Calahorra, erigido a tanta costa y tan cariñosamente por su fundador y dueño!

Era éste D. Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Zenete, y la razón que le movió a erigir tal monumento en sitio tal no aparece bien definida, aunque algo se infiere de los datos del Sr. Lampérez, únicos acaso que se conocen. D. Rodrigo, activo e independiente, tenía agravios de su rey, el Católico. D. Fernando había querido casarle según su gusto; el Marqués del Zenete estuvo a pique de ser uno de los varios consortes de Lucrecia Borgia; y como se prendió de otra dama, la sacó del convento donde el monarca la había recluido, justamente para impedir el enlace. Unido a esta dama, de la casa de Fonseca, retiróse a la Alpujarra y construyó el castillo-palacio, gastando pródigamente su dinero en decorarlo y arreglarlo como se arreglaría actualmente la más fastuosa mansión, distribuyendo la vivienda dejando a un lado el departamento de su esposa (donde por cierto aparecen aún los restos de un baño, refinamiento que no debía de ser muy común entonces).

En tal palacio sólo habitó ocho años su dueño. Y en cuanto a la fortificación poderosa, nos lo dijo Lampérez: de nada sirvió. No llegaron a disparar un tiro sus cañones; contra ninguna agresión de las que temía defendió al marqués. Sólo, pasado tiempo, un ataque de los sublevados moriscos fué rechazado sin esfuerzo; porque los moriscos, sin buen armamento y sin disciplina, no eran capaces de rendir semejante fortaleza.

Y pensaba yo en la novela que late bajo los sucesos de la vida de D. Rodrigo Mendoza; pensaba en el sueño exasperado de ese hombre que, a mal con su rey, cuando la Monarquía empezaba a absorberlo todo en España, porque ya era pasado el tiempo medioeval de los magnates y próceres; cuando los reyes mandan desmochar castillos y torres de los señores feudales, y no queda en Galicia una por desmantelar, al edificarse una residencia ostentosa, la oculta en una fortificación de lo que entonces era el estilo más moderno, para decir al esposo de Isabel de Castilla que, en una comarca desviada y triste, pero suya, nadie puede hacerse con él, nadie se atreverá a turbar su solitaria grandeza...

Y, como los elegantes de hoy que se instalan al estilo extranjero, D. Rodrigo de Mendoza transporta a la serranía intransitable lo más adelantado del arte y de la moda: los esplendores del Renacimiento italiano. Logra ser, en esto, el único, cuando menos el primero, y la leyenda, que entonces cundía fácilmente por lo mismo que no era fácil desmentirla con la verdad, debió de correr con veloces alas, y referir portentos de las obras que realizaba el gran señor, a todo lujo, con extraña novedad. Luego, transcurridos ocho años, como dije, ausentóse el magnate de su espléndida y escondida residencia, y, pasados otros pocos, empezó para la Calahorra el olvido.

¿Estará destinada a resucitar en Madrid? ¿Llevará adelante el Marqués de Santillana su proyecto digno de todo encomio?

Bizarra es la empresa, gallardo el gesto, y para tentar a cualquiera la idea de habitar, entre las sociabilidades de la corte, la morada tanto tiempo perdida en la bravia soledad alpujarreña. Y si el marqués no realiza tan airoso plan, consistirá en no ser realizable, por algún obstáculo de esos que no pueden vencerse. No por falta de iniciativa ni de buen gusto, que ambas cosas le sobran al marqués.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.